

Una gata bajo el poncho

En los años 70, en Urdampilleta, el cine junto con los bailes de los clubes deportivos, en particular los de campo, eran prácticamente las únicas formas habituales de entretenimiento que había. A eso se le sumaban los campeonatos de fútbol y los torneos de truco o chin-chon a beneficio de una cooperadora. Y pará de contar.

Ah,no! Esperá...

Durante poco más de un año (entre el 74 y el 75) estuvo en el pueblo Omar, un cura al que le gustaba hacer carreras de bicicleta, festejos del día del niño y campamentos para jóvenes, novedosas actividades que despabilaban la persistente modorra de la comunidad. Incluso, (me estoy acordando ahora), el día que los jeeps verdes estacionaron en la puerta de la iglesia, fue justo durante una función parroquial de cine de esas que también se le daba por organizar de tanto en tanto. Estábamos viendo *El Evangelio según San Mateo* de Passolini, que había sido asesinado en raras circunstancias, pocos días antes. Seguro fue un homenaje, no sé. Se me ocurre en este momento, por la coincidencia temporal y porque había afinidad ideológica entre director comunista y sacerdote tercermundista, más allá o más acá de dios.

En fin, pareciera que esta digresión poco o nada tiene que ver con el propósito de este relato. Así que vayamos al punto, a la anécdota.

Resulta que, una de las tantas veces que con mis padres y mi hermano íbamos al viejo cine del pueblo, caminando las casi veinte cuadras que nos separaban de la sala, nos siguió Kitty, una de las gatas que teníamos. Negra ella, como la noche misma, recién lo advertimos cuando estábamos a mitad de camino y con el tiempo justo para no llegar tarde. Su maullido nos anunció que venía por detrás, como si se hubiera puesto en modo perro siguiendo a sus dueños. Vaya a saber qué le pintó para tan atípico comportamiento. Pero ahí estaba. Y hubo que decidir rápidamente qué hacer.

No recuerdo los detalles contextuales como el año, la estación, ni la película que daban pero seguro era invierno porque yo iba convenientemente abrigada con un poncho de esos que se ponen a través de un agujero por la cabeza. Un poncho como de peluche, marrón, amplio. Los demás llevaban camperas pegadas al cuerpo. Entonces, tras un breve diálogo de pocos segundos, se tomó en familia la única y práctica decisión que podía impedirnos perder la función: yo llevaría la gata escondida bajo mi poncho e intentaría hacerla pasar sin que nadie se diera cuenta.

Caminamos las cuadras que nos quedaban pergeniando algún plan B por si éramos descubiertos o Kitty se rebelaba. Ya sabemos que gatos y gatas no son animales fáciles de conducir sino más bien todo lo contrario. En realidad no había muchas opciones. O nos volvíamos todos o papá “repentinamente descompuesto” se retiraba del cine acompañado por mí hasta la puerta.

La cosa fue que pudimos pasar exitosamente, con una Kitty ronroneante bajo mi poncho, que parecía entender la circunstancia en la que nos había metido.

Nosotros, sus dueños, éramos muy aficionados a ir al cine, a pesar de que no teníamos auto e íbamos caminando desde lejos, a pesar del frío o del calor, a pesar de que muchas veces las películas se cortaban o incendiaban en medio de la función y había que hacer intervalos obligados. Ir al cine era algo muy disfrutable. Era sacarle un “sí” al viejo que cerraba el taller más temprano y se habilitaba un rato de ocio en su rutina de laburante, y significaba también una pausa en las tareas de ama de casa de la vieja.

¿Qué íbamos a ver ese día? Como dije antes, no me acuerdo. Lo que dieran, siempre que no fuera prohibida para menores de 18 años. Con alguna prohibida para menores de 14 que no tuviera escenas de sexo, se podía negociar. En aquella época lo que más se proyectaba eran películas extranjeras humorísticas, dramáticas o de acción, *spaguetti western* y por supuesto, las comedias nacionales picarescas que reivindicaban los valores de “la familia” y de “la decencia”, interpretadas casi siempre por Olmedo, Porcel, Palito, Moria, Susana. Por cierto, las únicas producciones que las botas y la censura permitían y hasta bancaban económicamente. Claro, nada que ver con Omar y Pier Paolo...

En fin... me fui de tema nuevamente. Es que a veces la memoria se cruza con la Memoria y es difícil separarlas.

Volviendo, entonces, a aquella noche de invierno en los 70, decía que habíamos logrado entrar con Kitty a la función donde se proyectarían, como siempre, dos películas con un intervalo que se aprovechaba para ir al baño, para fumar, y también servía, según mi viejo que había sido proyectorista en su juventud, para que se enfriaran un poco las máquinas.

Recuerdo en este instante que la sala, donde entraban unas cien personas, era alargada y angosta, con el piso de cemento sin desniveles. El olor del cuero se mezclaba con el de las estufas a kerosene que calentaban el lugar. Las butacas eran cómodas, bajas y un poco hundidas, así que me acomodé con Kitty en la falda, tapada con el poncho. La negrita, merced a mis caricias, a la oscuridad, a la calidez del ambiente o lo que sea, se entregó a la situación y permaneció quietita, ronroneando por momentos, durmiendo con apenas algún movimiento durante

toda la primera película. Pero, cuando llegó el intervalo y empezaron los ruidos de la gente, comenzó a inquietarse con ese nerviosismo que en los gatos se vuelve incontrolable porque tienen muchas formas de demostrarlo. El momento se tornaba cada vez más incómodo y la posibilidad de irnos era inminente, cuando nos saludó y se acercó Luis, un cliente del taller de papá, que era un poco amigo también. Yo levanté levemente el poncho y le mostré a Kitty como diciendo “no sabemos qué hacer” mientras mi viejo le explicaba por lo bajo lo insólito de la situación. La gata se quería bajar y maullaba, la gente pasaba cerca y no queríamos que la vieran. Entonces Luis dijo sin pensarlo dos veces: Yo ando en el Citroen, vamos y la guardamos ahí hasta que termine la otra película. Aliviados por la inesperada solución que se nos presentaba, ni lo dudamos. Luis y yo con Kitty apretada bajo el poncho, caminamos rápidamente hasta el Citroen 3Cv amarillo que estaba estacionado en la puerta. Tras un breve y disimulado operativo, Kitty quedó encerrada en el auto y los humanos nos dispusimos a mirar la segunda película. Nunca supimos si hizo algún escándalo al punto, por ejemplo, de que alguien se percatara que en el auto había “gato encerrado”. Cuando salimos se la veía tranquila. Por suerte no había roto los tapizados con las uñas, ni había dejado señal alguna de disconformidad. Luis nos hizo subir a todos al Citroen y ese día, gracias a la gata, no tuvimos que desandar las veinte cuadras de regreso a casa caminando. Nos volvimos confortablemente adormecidos, como dice la canción. No sólo por el sueño sino también, seguramente, por el efecto de las películas pasatistas que nos mantenían entretenidos y ajenos a lo que estaba pasando en el país. Tan parecido a aquella vez en que los soldados entraron abruptamente a la iglesia. Tan distinto a esas ficciones que veíamos. Tan oscuro como el pelaje de Kitty pero que por suerte a nosotros no nos perseguía, como lo hizo ella en esa fría noche de invierno de camino al cine.

Autora: GeA TeA